

No se atrevía á decir nada; se veía perdido. Y mientras el viejo Lanlire se iba por un lado y Luis XV y su séquito por otro, conversando acerca de los instintos de aquel animal extraño, el teniente general de policía había mandado ya apresarse á Petit-Musc por sus agentes.

Los únicos que permanecían en el lugar abandonado eran el duque de Torino y la baronesa de Espineuil.

— Ese viejo pastor me parece un individuo peligroso, dijo el duque, tras un rato de silencio.

— ¡Tal vez! dijo Regina; pero no tanto como esa esgrimidora, la Flamberge.

Y le dijo que había reconocido en el dedo de la profesora de armas una sortija que ella sabía pertenecer á Enriqueta de Lespare. La vecindad voluntaria de aquella joven constituía, en efecto, un gran peligro.

Como el vizeconde de Courten debía regresar á la academia de esgrima aquella noche, Regina y Gonzalvo decidieron que Pietri Pertuso intentase un golpe contra él. La proximidad del Champ Crotté, en donde no eran raras las disputas, permitiría una emboscada y, en caso necesario, un asesinato fácil de explicar.

## QUINTA PARTE

---

### TRES HORAS EN EL INFIERNO

---

#### I

#### ENTREVISTA NOCTURNA

Caía la noche. Los últimos aficionados y las más asiduas espectadoras de la sala de esgrima, hacía ya tiempo que se habían retirado, despedidas por la señorita de Flamberge. Jarnac y Chaminade habían debido de emprender el camino del hotel de Lespare, y la profesora de armas se cuidaba de ordenar un poco la barraca antes de cerrarla. Las ordenanzas de policía fijaban las diez de la noche para el cierre de la feria,

en cuyo recinto nadie estaba autorizado á acostarse, aparte de los vigilantes de noche, por miedo á un incendio. Los vigilantes habfan terminado su ronda, tocando la campana en todas las vías y pregonando que la evacuación era obligatoria; pero la señorita de Flamberge se retrasaba inconscientemente. Retenía una preocupación: de ordinario, la casa de juego era la última en cerrarse, y aquel día estaba ya cerrada. Todo eran tinieblas y silencio en los alrededores, y la joven, que se había quedado sola, no se daba prisa. ¿Sería que quedaba aún bajo la emoción muy natural provocada por la visita real? No: la joven profesora de armas no contaba con la popularidad que daría á su barraca la interesante sesión dada en presencia de la corte. Pero el ver á dos de sus visitantes le asaltó particularmente la imaginación. La alumna de Jarnac y Chaminade había reconocido perfectamente al vizconde Santiago de Courten; el sentimiento por el cual tenía no había hecho sino aumentar desde su liberación de la casa de Trompette. También había reconocido á su amiguita de las cabalgatas por Borgoña, á la baronesa Regina de Espineuil, y se preguntaba si aquel acercamiento era debido á simpatía ó simplemente al azar. Con justa razón, desconfiaba de la intempestiva coquetería de Regina, cuyos frágiles y comprometedores melindres podrían transtornar el juicio al caballero bretón, que no tenía noticias de su prometida desde que desapareció de Fontenoy el alférez Enrique. Por otra parte, se preguntaba también con ansiedad fácil de comprender, si su disfraz habría podido enga-

ñarlos. En cuanto á Regina, lo dudaba, pues las mujeres son muy perspicaces, y la imaginación de los cerebros que parecen ligeros tiene muchos recursos. Por parte del vizconde, era menos de temer el reconocimiento, pues los hombres tienen menos fineza, aunque el amor se la puede proporcionar.

Á esa altura de sus reflexiones se hallaba la señorita de Flamberge, cuando su sortija dejó ver un reflejo de luz que le llamó la atención.

— ¡Qué imprudencia! exclamó, quitándose la del dedo y guardándola en el bolsillo. ¡Han debido de reconocerme!

Dos golpecitos discretos dados en su puerta la hicieron estremecerse.

— ¿Quién puede venir á estas horas? pensó.

Luego, tras un momento de reflexión:

— Debe de ser el vigilante que viene á avisarme que me expongo á una multa.

Y aferrada á esa idea, sin precaución alguna, fué á abrir, con una lámpara en la mano. En el umbral había un hombre, que no era el vigilante de aquella parte de la feria.

— ¡Usted! exclamó la señorita de Flamberge, llevándose la mano al corazón y retrocediendo un poco.

El visitante nocturno aprovechó para entrar, cerrar la puerta y caer á las rodillas de la joven...

Al volver á tomar posesión de su domicilio de la calle de San Martín, después de la salida de Tortillard, del alférez Enrique en libertad, de Pervencha y de los dos viejos maestros de armas, Santiago de Courten

había necesitado toda una noche de descanso para reponerse de las diferentes emociones de la noche anterior. Al día siguiente, titubeó para ir al hotel de Lespare, y hasta dos días después no se había decidido á vestirse para ir á cumplimentar á la condesa, que no podía menos de recibirlo bien, después de la ayuda que había prestado para la libertad de su hijo. Pero, aunque el recibimiento de la condesa Constancia había sido tan cordialmente agradecido como él pensaba, sorprendióle hallar el hotel de Lespare más enlutado que nunca y vacío, por decirlo así. Tortillard no estaba; Jarnac y Chaminade, desde la víspera, sólo iban para acostarse, y en cuanto al alférez Enrique, Constancia no hizo siquiera la menor alusión. Después de despedirse de la viuda, retiróse el vizconde, acompañado de Simona y de Méjico. Creyó no ser indiscreto dirigiéndoles esta pregunta:

— ¿Han debido ustedes de alegrarse al ver regresar á su joven amo, el alférez Enrique?

— ¿El alférez Enrique? ¿Nuestro joven amo? repitieron la criada y el intendente, abriendo demesuradamente los ojos y llenos de asombro.

— No lo conozco, añadió el simple Méjico, que no guardaba más que los secretos que se le confiaban, y éstos los guardaba mal.

Y el vizconde, menos enterado que nunca, retiróse con la imaginación perturbada por ese nuevo misterio. Por la tarde, y muy á disgusto, tuvo que acompañar á la corte á la feria y sufrir las atenciones y los consejos de la baronesita. Pero, en la sala de la academia

de armas, habíale llamado en seguida la atención la vista de la sortija que brillaba en la mano de la esgrimidora, y paseando su mirada desde el rostro cubierto de bucles rubios hasta la falda corta de la señorita de Flamberge, había retrocedido en sí mismo, recordando la sala de armas del castillo de Tanlay, el brío de su prometida en cuanto tenía una espada en la mano y su horror á las faldas largas. Ya no cabía duda. La estúpida respuesta de Méjico le había abierto los ojos. El alférez Enrique no había existido nunca; era Enriqueta, Enriqueta sola, que había podido desempeñar aquel papel extraordinario y loable de engañar á su prometido y á todo el ejército. Y Enriqueta era quien, en aquel momento, persiguiendo un objeto que él ignoraba, pero honrado seguramente, desempeñaba el extravagante papel de señorita de Flamberge. Seguro de sus deducciones, más enamorado que á su salida de Borgoña, Santiago de Courten había resuelto tener el corazón tranquilo, y él era quien, á aquellas horas de la noche, fué á llamar á la puerta de la esgrimidora. Ya hemos visto de qué modo fué acogido.

— ¿Usted? gritó la señorita de Flamberge, retrocediendo.

Y esa sola palabra era una declaración tan completa que obviaba todo nuevo subterfugio. La personalidad de la esgrimidora estaba descubierta. Ya no había medio de negar. Así lo comprendió ella, y no intentó hacerlo. El vizconde estaba de rodillas.

— Enriqueta, dijo, tendiendo hacia ella sus manos suplicantes: ¿hasta tal punto ha dudado de mi confianza

en usted, que no ha querido hacerme confidente de su heroísmo?

Su voz encerraba un tierno reproche.

La joven acababa de dejar la lámpara. Se bajó, besó al vizconde, y respondió ayudándole á levantarse:

— ¡No, Santiago, no!., en mi corazón no entraba duda alguna; pero tenía yo como un funesto presentimiento de las desgracias que iban á caer sobre nuestra familia, y, tanto para evitarle el compartir nuestros disgustos, como para conservar yo misma toda mi libertad de acción, decidí dejarle ignorar mi resolución, que usted hubiera podido juzgar loca.

— ¿Y ahora?

— Ahora, si ha cambiado algo la situación, no ha sido en favor nuestro... Al contrario...

— Es verdad, su desgraciado padre...

— Gracias al cielo, nuestro infortunio no es tan irremediable como pudiera usted creer... Mi madre no hubiera podido sobrevivir á su marido...

— ¿Qué me dice usted?.. ¿Vive el capitán de Lespare?..

— ¡Vive!.. ¡Pongo ese secreto bajo la custodia de su honor!..

— En ese caso...

— En ese caso, la lucha entre nuestros enemigos y nosotros continúa encarnizada... Después de haber manchado, por una cobarde mentira, el honor de Lespare, quieren suprimir hasta nuestro apellido... ¡Si he adoptado este disfraz, no ha sido sino para acercarme á ellos, para desenmascararlos y vencer!

— ¿No puedo yo acompañarla?

— ¡No! usted no debe conocerme, eso es una seguridad para mí.

— ¡Es que la amo, Enriqueta!

— Yo también, Santiago; pero, como á su apellido sin tacha hace falta una mujer cuyo nombre no esté empañado por salpicadura alguna, tenga el valor de esperar. ¡En nosotros, la razón debe hablar más alto que el corazón! Tenga paciencia; los infames no podrán llevarnos siempre ventaja, y cuando mi padre quede rehabilitado, cuando podamos levantar la cabeza, vendré á decirle: « Santiago, yo le había prometido mi mano... Aquí la tiene... ¡Es la de una muchacha honrada!... ¿La quiere usted todavía? »

Á los ojos del vizconde asomaron lágrimas.

— ¡Diablo!... exclamó, tratando de disimular su emoción. Si perece usted en la empresa, yo moriré soltero... He prometido á mi buena madre llevarle una nuera que se apellide Lespare, ¡juro ante Dios que la tendrá ó no tendrá ninguna!..

Enriqueta le estrechó la mano con fuerza. La brutal sinceridad de aquel juramento le llegaba á lo vivo.

— ¡Gracias! le dijo. Le creo, y voy á cuidarme de que no tenga que aguardar mucho su madre... Ahora, vizconde, es menester separarnos... Ya hemos hablado demasiado... Los reglamentos de policía son estrictos y estamos en falta por hablarnos á estas horas en el recinto de la feria... Váyase... Nadie debe de vernos juntos... Y acuérdesese bien de esto: ¡Usted no conoce á la señorita de Flamberge!

Había abierto la puerta, y lo empujaba hacia la obscuridad exterior.

— ¡Una palabra más! suplicó el bretón volviéndose.

— Hable.

— ¿No entra la baronesa de Espineuil en la intimidad de la condesa de Lespare?

— Sí.

— Sería bueno desconfiar de ella. La creo en muy buena armonía con el duque de Torino, que se ha captado la confianza real, en detrimento de los suyos.

— ¡Ah! eso es importantísimo. ¿Quiere usted prevenir á mi madre, de la que mi papel me tiene apartada?... ¡Y váyase, Santiago, váyase!..

El vizconde le besó una vez más la mano, y se internó en las tinieblas.

Una vez sola, la joven se apoyó de codos en la mesa y permaneció un momento pensativa.

— ¡Qué buen corazón! pensaba. ¡Con él, seré feliz!

Echó una última ojeada á cuanto la rodeaba; después, descolgando de una percha un cinturón del que pendía una espada, cinturón demasiado estrecho y mucho más coqueto para una cintura masculina, se lo ciñó diciendo:

— Á estas horas, los honrados vigilantes deben de estar roncando, y los merodeadores camparán á sus anchas. No estará de más una espada, por si me encuentro con ese honrado de Pietri Pertuso.

Sin presentimiento, desconfiaba de las « hienas » de Pietri que, en efecto, la vispera, habían entrado á dejarse vencer por ella, y debían de guardarle rencor por orgullo del oficio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

## II

### LA CUESTIÓN DEL CAMPO ENLODADO

Acababan de dar las doce en los relojes de las cercanías, cuando la señorita de Flamberge, después de apagar la lámpara, decidióse á salir á su vez. Afortunadamente para ella, conocía el camino, pues aunque el cielo estaba despejado y se veían brillar en él algunas estrellas, á no ser por la rutina de la carretera que tenía que seguir, en la obscuridad, hubiera podido serle desagradable el dirigirse por aquel conjunto de tiendas, barracas y quioscos plantados con parsimoniosa simetría y á veces sin orden alguno. Cuando llegó á los terrenos vagos del *Campo enlodado* — así se llamaba el mercado de caballos y animales — que tenía que atravesar para ir á la puerta de San Germán, fuera de la cual ocupaba un cuartito para no tener que regresar al hotel de Lespare, internóse deliberadamente en la tierra removida y fangosa.

Apenas llevaba dos minutos caminando por ella, cuando le pareció ver alzarse á su derecha é izquierda

sombras que se movían. Valerosamente, se dirigió hacia esas sombras, cuyas intenciones no podían menos de ser sospechosas; pero tropezando con un voluminoso paquete echado en el barro, la joven cayó, á pesar suyo. En su caída, había tocado el objeto que fué causa de ella y tuvo tiempo de reconocer su naturaleza. Era el cuerpo de un hombre fuertemente atado y amordazado. Aturdida, mas no lastimada, la señorita de Flamberge se levantó en el acto. En torno suyo había cinco hombres, apoyados en largas espadas desenvainadas. La incierta luz de las estrellas no podía facilitar su reconocimiento — en caso de que la esgrimidora los conociera — porque todos iban enmascarados con un cuadrado de tela negra.

— ¡Eh! ¡eh! señorita de la falda corta, dijo uno de los cinco desconocidos, ayudándola á levantarse y con estúpida risa. ¿Quiere usted imitar á estas horas á los payasos, dando volteretas?

En la academia de armas de la señorita de Flamberge, no entraba nadie sin ser presentado. Ahora bien, en un rincón de su memoria, había anotado ella las inflexiones de voz y los nombres de las « hienas » de Pietri Pertuso, que había conocido la víspera. Por otra parte, los registros de la Sala criminal han conservado preciosamente los nombres de los cinco amigos de Petit-Musc, espadachines hábiles en el noble juego de las armas y matones asiduos de la taberna de Crevepance, que detuvieron á la esgrimidora en boga en los terrenos yagos del Campo Enlodado. Eran éstos: Juan Barachois, alias Largo-aliento, Luis Ron-

dache, Maldio, llamado Paramuerte, y los hermanos Hipólito y Francisco Lehervieu.

— ¿Es usted Francisco Lehervieu? preguntó la joven, que había cruzado los brazos contra el pecho.

— ¡Demonio!.. repuso el que había hablado primero: ¡tiene usted una memoria prodigiosa!

— ¿Qué me quieren, y qué han hecho á ese pobre hombre que yace ahí?.. Y designaba el bulto echado en el barro.

— ¡Ese es un cualquiera que ha venido á interrumpirnos en nuestra devoción á la luna!... En lo que á usted concierne, monísima, no le deseamos más que bien. Entre compañeros, hemos jurado recibir de usted una segunda lección, menos vulgar que la de ayer.

— ¿Tienen ustedes floretes?

— ¡Qué tontería! ¡Nuestras espadas los reemplazarán bien!

No dejaba de saber la señorita de Flamberge la feroz envidia que debían de tenerle sus colegas por su extravagante boga. ¿Podría haberlos hecho descender hasta aquella emboscada el espíritu de cuerpo? No; aquellos eran más bandidos que maestros de armas. Sus relaciones con Pietri Pertuso le abrían los ojos. Lo que meditaban era realmente un asesinato. Y era tanto más verosímil esa suposición, cuanto que Francisco Lehervieu le había escamoteado la espada, al ayudarla á levantarse. Hallábase, pues, sin armas, y la manera con que había sido tratado el desgraciado tendido en el barro, era de amenazador augurio.

Los cinco espadachines pretendían batirse, conser-

vaban un conato de honor, como la mayoría de las gentes que tienen por oficio manejar las armas. Un combate, aunque fuera por turno, de cinco hombres en la plenitud de su fuerza, contra una joven, casi una niña, no podía ser, en realidad, sino un asesinato; pero Francisco Lehervieu, jefe de la banda, no lo juzgaba así: todas las hazañas de la señorita de Flamberge en su sala de armas dejaban chiquitas las suyas propias.

En medio de todo, quizás no le faltase razón á ese bandido.

— Luis Rondache, dijo al de sus compañeros á quien había dado la espada de la esgrimidora, devuélvele el arma.

En el fango, el hombre atado arrastrábase como un gusano y trataba de gritar; pero no podía conseguirlo, pues estaba bien amordazado.

En ningún momento había tenido aún un minuto de emoción la señorita de Flamberge; pero, así que sus dedos se contrajeron contra la cazoleta de la espada que le tendían, su primera palabra fué para compadecerse de la suerte reservada á sus adversarios.

— Amigos míos, les dijo, hinchándosele el pecho con una aspiración de alegría, gracias por vuestra buena inclinación. Voy á pagarósla sin aguardar más: sois cinco honrados tiradores que no deseáis más que vivir, ¿no es eso? Pues bien, creedme, girad sobre vuestros talones sin pedir más, y dejadme libértar á este buen hombre que no os acusará de nada, os lo aseguro.

— Desgraciadamente, chiquilla, no podemos desfilár sin estropearle un poco: lo hemos jurado.

Al mismo tiempo, se descubría y rompía la pluma del sombrero en cinco partes desiguales, que alineó metódicamente, presentándolas á sus compañeros. Iban á tirar á suertes á quién le tocaría atacar primero.

La señorita de Flamberge fustigó la espada como para cerciorarse de su flexibilidad, y miró en torno suyo para darse bien cuenta de que no podía esperar nada de los vigilantes nocturnos.

— No trate usted de huir, le aconsejó Francisco Lehervieu, tendiendo la mano para el sorteo; pues eso sería su pérdida.

— ¿Huir?.. repitió la joven. ¡Dios me libre!.. Lo único que siento es que no se le haya ocurrido á usted mismo hacerlo.

Cada uno tenía en la mano su pedazo de pluma. Los midieron.

— Señorita, dijo Luis Rondache, que era el más joven de la banda y bastante guapo mozo; he procedido legalmente, la prueba es que mi pajilla me da el número uno y que conozco á usted bastante para saber lo que me va á ocurrir.

Flamberge preguntó:

— ¿Usted me conoce?

— Mucho, señorita. Yo era último ayudante en la sala de los profesores Jarnac y Chaminade.

— ¡Ah!

— ¡Y no diré nada, si me promete usted no abandonar á mi pobre y anciana madre.

Los demás debían seguir en este orden: el segundo, Maldio; el tercero, Hipólito; luego Lehervieu, después Barachoix y, finalmente, Francisco Lehervieu.

— Señorita, dijo este último, que era el que llevaba la voz: salvo reclamación por su parte y otro arreglo aceptable, he aquí cómo sucederán las cosas: los tres primeros deberán hacer lo mejor que puedan, uno tras otro. Si, por desgracia, mata usted á los tres, los dos últimos atacarán juntos... ¿No tiene usted nada que oponer al orden y á la marcha del espectáculo?

La esgrimidora replicó, sonriendo:

— ¿Por qué he de oponer algo á lo que me parece muy bien arreglado y muy en favor mío?... Esta tarde, he tenido que sostener peor asalto, ante el Rey.

— Debo añadir, dijo Francisco, que los combatientes deberán quitarse el jubón; en cuanto á usted, puede obrar á su antojo...

Mientras hablaba el jefe, Luis Rondache se había quitado el jubón y sacó la espada. Púsose en guardia sin gran convicción. La de Flamberge estaba ya en posición. Los cuatro testigos habíanse colocado enfrente de ella, con intención de intimidarla. Pero no se necesitaban tantos requisitos. En cuanto chocaron los aceros, quedó arreglada la cosa. La espada de la profesora de armas, bajo un falso ataque en prima, salió rígida como una bala, y el joven, atravesado de parte á parte, cayó boca abajo con los brazos en cruz.

— ¿Señorita? dijo en el estertor de la agonía, escurriendo sangre.

— ¡Pobre muchacho! dijo la de Flamberge, inclinándose.

— Mi anciana madre... murmuró el moribundo.

— Vete en paz, yo cuidaré de ella.

Luis Rondache balbució « gracias » de modo imperceptible, al tiempo que estrechaba la mano que lo envió al paraíso de los bribones.

— ¡Otra vez la misma estocada! se decían entre sí los supervivientes.

Francisco ordenó:

— No hagas esperar á la señorita, Maldio; á ti te toca.

Maldio, por mal nombre Paramuerte, era un temible tirador que se vanagloriaba de haber señalado con una tumba cada uno de sus encuentros. ¡Tumba que no era para él!.. Tomó la posición de lejos, y, como algunos tiradores en el asalto, cubrióse el corazón con la mano izquierda. Llegado el caso, esa mano puede hacer desviar la punta. La famosa estocada de la señorita de Flamberge debía dar buena cuenta de esa coraza infantil. La mano fué traspasada, el pecho también, y Maldio dejó caer pesadamente la espada. Por primera vez no tenía que vanagloriarse de haber cavado una tumba, porque, ahora, era la suya.

— ¿No creen, queridos maestros, que ya basta, para una segunda lección? dijo la joven, clavando la espada en tierra. ¿Á qué ser tercos? Váyanse por su lado y yo por el mío. Se hace tarde... ¡Vale más una buena cama que la calle húmeda!

Rondache y Maldio no se movían ya; pero el bulto

viviente continuaba sacudiéndose como un poseso, y sus sacudidas empezaban á hacer resbalar la mordaza.

— ¡Ay!.. señorita, exclamó Francisco Lehervieu : no cabe ese arregló. ¡ Hemos prestado juramento !

Y volviéndose hacia Hipólito, añadió :

— Á ti, hermanito, tú conoces la estocada.

En efecto, Hipólito Lehervieu debía de conocer algo mejor que sus predecesores el juego de la endiablada tiradora. De pie firme, dirigió á la joven una estocada terrible, sin entregarle el acero.

El efecto fué imprevisible. Hipólito giró sobre sí mismo y fué á caer sobre el bulto viviente, acabando de quitarle la mordaza.

En su puesto, sin tirarse á fondo, la señorita de Flamberge había parado y devuelto la estocada. El joven Lehervieu se había atravesado él mismo.

— ¡ Á nosotros, Largoaliento ! exclamó Francisco, sacando la espada. Haz lo que yo, Barachois.

Barachois no tenía el menor entusiasmo ; pero hizo lo mismo que el otro. Ambos se precipitaron contra la señorita de Flamberge que, sin descansar, debía de tener un cuarto asalto contra las dos espadas más temibles de la banda. Pero la joven se animaba. De un azote soberbio, mandó á la espada de Francisco á pasarse por el fango. Mientras éste, enfurecido, corría tras su arma, la profesora, con su infernal estocada recta, atravesó la garganta de Largoaliento, que perdió su nombre. Francisco Lehervieu volvía, y fué detenido en el camino por una estocada en pleno pecho.

— ¡ Oh !.. ¡ oh !.. exclamó al caer. Tengo lo que

merezco, como los otros, y está bien hecho, pues no se debe jurar matar por dinero.

— ¡ Ah ! ¿ Estabais pagados por efectuar tan fea tarea ? preguntó la de Flamberge, limpiando la espada en el jubón de uno de los muertos.

— Sí, señorita, por el señor Pietri Per...

Francisco Lehervieu no pudo terminar, pues acababa de entregar el alma al diablo.

— Pietri Pertuso, murmuró la tiradora ; me lo suponía. Todo se les pagará al mismo tiempo, á él y á su amo.

— ¡ Diablo ! ¡ Acabo de presenciar el combate del Cid !.. exclamó casi á sus pies una voz llena de admiración.

La joven se sobresaltó.

— ¿ Qué ? dijo inclinándose hacia el bulto viviente que había recobrado el uso de la palabra, pero cuyos miembros continuaban aprisionados en sus ligaduras : ¿ es usted, Santiago ?

— Yo soy, Enriqueta.

— ¡ Chitón !

— ¡ Bah ! ¡ Esos no irán muy lejos á decirlo !.. Una estocada más para librarme, señorita de Flamberge.

Enriqueta cortó las cuerdas y preguntó al vizconde, ayudándole á levantarse :

— ¿ Cómo está usted aquí ?

Santiago se levantó.

— ¿ Y cómo está usted también ? replicó, volviendo á recobrar toda su alegría. La verdad, no quiero dejarla con curiosidad... Al separarme de usted, vine

T. II

aquí, en donde tropecé con una cuerda tendida á ras del suelo... lo mismo que usted ha tropezado con mi cuerpo... Pero conmigo, los cinco bandidos han procedido de otro modo. Antes que tuviera tiempo de reconocermé, estaba yo ya hecho un salchichón, vuelto mudo y colocado en ese lodazal. ¡ Ah! cuánto he rabiado, al caer usted sobre mí, por no poderla decir que, cortándome las ligaduras, seríamos dos contra esos bandidos. Pero lo que menos me importa, es la hora que he pasado en ese líquido mal oliente... Lo que he podido ver me permite presagiar cuál sería mi suerte si, cuando sea su esposo, se me ocurriera andar por mal camino.

— ¡Cállese! exclamó Enriqueta riendo. Apóyese en mi brazo, y tratemos de salir de aquí.

Al día siguiente, cuando boyeros, chalanes y pastores llegaron á los terrenos del « Campo Enlodado », y descubrieron los cinco cadáveres, lanzaron un gran grito de horror. Una hora después, todo París hablaba de ese crimen siniestro, y el teniente general de policía iba á poner á sus sabuesos en campaña para descubrir á los asesinos, cuando el vizconde Santiago de Courten se presentó en su casa.]

El primo del conde de Argensón, ministro de la guerra, declaró haberse hallado, por una gran casualidad, á eso de las doce de la noche, en los terrenos del « Campo Enlodado », en donde había sido atacado y reducido á la impotencia por las cinco víctimas. Hizo consignar en el registro del juzgado que, en aquel estado, había tenido que presenciar la llegada

y el duelo inevitable de la señorita de Flamberge, sola, contra los cinco profesores de armas. Pero no hizo mención alguna del papel que había representado en ese asunto el duque de Torino. Esto se lo había prohibido Enriqueta. Y como los libros de policía no se parecen nada á las rejillas de los confesionarios, á eso del mediodía, una multitud inmensa como no la vió nunca la feria de San Germán, acudió presurosa á la academia de esgrima de la señorita de Flamberge, á quien su duelo hizo pasar al estado de prodigio y de celebridad nacional.

## III

EN DONDE LA CONDESA CONSTANCIA RECIBE UNA CITA

Como había podido observar el vizconde cuando su rápida visita, el hotel de Lespare no había cambiado nada en su aspecto de duelo, después de la libertad de Enriqueta. Para esto había una razón importante. Al siguiente día de su inesperado regreso, la señorita de Lespare, á quien hemos visto hablar secretamente en el patio del hotel con los dos ancianos maestros de armas, había avisado á su madre que tenía que despedirse de ella por tiempo indeterminado, á fin de poner en ejecución su proyecto contra los que habían cubierto de fango el honor de los Lespare.

Cuantas súplicas hizo Constanca para retenerla fueron estériles, y la joven había salido, á la meridiana, para no volver más. Ya sabemos adonde había ido. Gracias al poderoso concurso de Jarnac y Chaminade, su academia de armas se había elevado como por magia en el campo de la feria. Pero Constanca no lo sabía. No fué enterada de lo que quería em-

prender su hija, porque ésta quería guardar el incógnito y ponerse en guardia contra cualquier indiscreción aun involuntaria, que, pasando de su madre al personal del hotel, no hubiera tardado en correr las calles. Por lo tanto, en la vieja morada faltaba la animación que hubiera podido dar la señorita de Lespare, de no hallarse ausente. Además, no obstante la recomendación del conde, Jarnac y Chaminade pasaban días enteros afuera, y sólo entraban por la noche, casi furtivamente. ¿Adónde irían?

Méjico y Simona intentaron hacer hablar al gascón; pero Chaminade no se apartaba de él y respondía á las preguntas con frases comunes que, si no ofrecían interés, tampoco enseñaban nada. Para la servidumbre aquel nuevo eclipse de la señorita pasaba tanto más inadvertido, cuanto que coincidía de modo extraño con el de Tortillard, el hombrecillo que en pocas horas había adquirido particular ascendiente en la señora condesa. En efecto, el mismo día de marcharse Enriqueta, el personaje deforme había salido y no había vuelto á entrar.

Pero el hotel de Lespare encerraba otro misterio, cuya clave tenía en parte Simona, la discreción misma. En efecto, esta joven había notado que la condesa escondía todas las noches, en un cestito, parte de los alimentos que se servían á la mesa, llevándose luego el cestito á sus habitaciones... ¿Para qué eran aquellas viandas?.. Claro es que los nobles, como los plebeyos, pueden permitirse tener apetito de noche y querer tomar un tente en pie... Pero, ¿por qué esconderse,

para una cosa tan natural?... Simona no creía en el apetito nocturno de su ama. Debía de haber otra cosa. Se convenció de ello una mañana, observando que la cama de la condesa tenía huellas de dos cuerpos y no de uno solo. ¡ Ah ! ¡ Cuántos comentarios se hubieran hecho, si Méjico sorprendiera esto !.. Pero la señorita de confianza sabía, como hemos dicho, detener la lengua. Sin embargo, por discreta que fuese, no dejaba de ser hija de Eva. Simona se quedó en acecho para conocer el cómplice audaz de aquella á quien compadecía sin dejar de respetarla, y he aquí lo que pudo ver una noche : En el momento en que la condesa, cargada del cestito, penetraba en su cuarto por la entrada ordinaria, se abría, precisamente enfrente de ésta, otra puerta cuya existencia nunca había sospechado Simona. Por esa puerta entraba, portador de una pesada albarda, un anciano bajito vestido de piel de cabra. Indudablemente, ese individuo, demasiado viejo para ser el mismo Tortillard, sería algo pariente de éste, pues su conformación de contrahecho tenía mucha analogía con la del patizambo.

Y mientras seguía espiondo, la bella curiosa pensaba :

— ¡ Á pocos que vengan como éste, nos vamos á convertir en verdadera corte de los milagros !.. Pero, ¿ qué hace la señora ? ¡ Es posible !... ¡ Está poniendo la mesa !... Y el buen hombre que se quita la piel de cabra y se pone cómodo... ¡ Qué audacia tiene ése !... Coge la alforja... la abre... ¡ Cielos !... ¡ qué clase de animal es ese !.. ¡ Un pájaro de dos cabezas !.. ¡ Es el

demonio !.. ¡ Anda !.. ¡ El hombre ha crecido !.. ahora es menos feo... La señora condesa se acerca á él... ¿ Irá á besarle ?.. ¡ Ah ! ¡ Dios mío !.. ¡ Si es el señor conde !..

Nunca, jamás, la buena Simona puso á nadie al corriente de su descubrimiento ; pero, en lo sucesivo, extrañábase Constancia de hallar en la cestita cosas que ella no había puesto. Éstas eran los bocados más exquisitos. Y siempre se encontraba también allí un trozo de carne fresca, sangrienta, muy bien envuelto, destinado al águila de dos cabezas. Simona no halló otro medio de hacer su acto de contrición.

Debemos explicar en dos palabras por qué camino el bueno de Lanlire, cargado con su fardo vivo, se introducía clandestinamente todas las noches en el hotel de Lespare. Aunque el importante señor Verda tenía la misión de custodiar el portal que daba á la calle de los Francs-Bourgeois — cargo que era una sinecura — no podía vigilar al mismo tiempo la parte trasera del hotel, que daba á un vasto jardín de forma casi triangular. En la punta extrema había, practicada en la tapia, una puerta jardinera que daba á la calle de Elzevir. Al salir para la campaña de Flandes, el jardinero fué llamado á filas, y sus mozos fueron despedidos. De modo que, con la savia primaveral, el jardín había tomado aspecto de selva virgen, pues las plantas parásitas y las parietarias invadían las alamedas. Aparte de la condesa, que ya no bajaba nunca y de Enriqueta, nadie frecuentaba ese jardín. Todas las mañanas, mientras la servidumbre estaba en sus

dependencias — y Simona procuraba que nadie faltase á esa cita — el conde de Lespare, bajo la piel de cabra del tío Lanlire, descendía del cuarto conyugal por una escalera secreta, y llegaba al jardín, en donde no tardaba en desaparecer entre los bosquecillos de verdura. Al llegar á la puertecita, cuya llave tenía él, escuchaba si se oía algo de anormal en el callejón... Abría despacio, pasaba, cerraba con la misma cautela y luego, seguro de que no se sospecharía de dónde venía él, desembocaba tranquilamente por la calle de Elzevir, y de allí se iba á pie á su puesto de la feria. Por la noche, rehacía el mismo camino, pero en sentido inverso. De modo que, excepto Simona, nadie conocía las particularidades de esa vida en parte doble, por lo cual la condesa Constancia podía seguir desempeñando su papel de viuda inconsolable. Sin embargo, aunque estaba tranquila respecto de su marido, no lo estaba respecto de su hija, cuya loca temeridad le inspiraba serios temores, y de la cual ignoraba todo, desde su fuga, pues los dos viejos maestros guardaban cuidadosamente el silencio impuesto.

Aquella mañana, en que la tenencia criminal se puso en pie por la quintuple expedición al otro mundo del « Campo Enlodado », Constancia de Lespare se componía. Entre ella y sus amigos, hablase convenido que irían á la feria de San Germán. Constancia esperaba, pues, al marqués de Gherlor, á la marquesa Honorina y á su hija Gisela. El vizconde de Courten y Julio de Brionne, que cortejaba asiduamente á Gisela, debían ser de la expedición, así como también la

baronesita Regina, sin la cual no podía intentarse ningún paseo de aquel género. Pero, en aquel momento, Regina de Espineuil se hallaba en otra parte. En cuanto se enteró de la escaramuza de la noche anterior, acudió á la casa de Trompette para tener consejo con Gonzalvo. Así que penetró en la sala de este último, el confidente sostenía animada conversación con su amo. La carnicería del « Campo Enlodado » los había dado un latigazo; como no era posible andar con medidas á medias, el duque se había decidido á dar un golpe terrible. Pietri le ponía siempre en guardia contra Regina; pero, aunque él desconfiara siempre de la sinceridad de las mujeres, tenía confianza ciega en la baronesa, y sólo por fórmula trató de probarla, lanzándola, al entrar, esta frase:

— ¿Por qué me ha ocultado usted la vuelta del conde?

La baronesa le miró primero sorprendida; después, un á modo de ligero escalofrío de cólera sacudió toda su pequeña persona.

— Querido duque, contestó, si es una resolución que usted ha tomado, me gustaría saberlo. ¿Qué de nuevo ocurre que le induzca á usted á dirigirme esa pregunta?

— ¡ Los cinco hombres de Pietri !

— ¿ Las « hienas », como los llamaban corrientemente en la feria ?

— Las hienas, si usted quiere... ¿ Quién puede haberlas despachado tan rápidamente, si no es... ?

— ¡ Si no es Enriqueta, su hija, que se oculta bajo

el nombre de señorita de Flamberge !.. ¡ Ah !.. ¡ Cómo le han engañado á usted, querido duque !.. Nunca ha habido ningún Enrique en la familia... Me he enterado bajo cuerda... La que calzó las botas de mosquetero era la joven Enriqueta...

— ¡ La hemos tenido en nuestras manos !.. tronó Gonzalvo.

— ¡ Y no hemos podido desenmascararla !.. gimió Pietri.

— ¿ Á qué desanimarse y perder el tiempo en estériles pesares ? continuó Regina, que parecía una pequeña pantera entre dos chacales. Lo mejor es combinar otro plan menos peligroso y menos tonto. Esta tarde, tendremos á toda la familia en el recinto de la feria. ¿ No había más que seis puñales en venta, en la taberna de Crevepance ?

— Sí, dijo Pietri ; pero los otros no tienen cara de ser muy valientes.

— ¡ No importa !.. ¡ Peores eran los estúpidos cobardes que se han dejado matar !

— Es verdad, aprobó el duque : has tenido mala mano, amigo Pietri.

Decidióse que el confidente volviese á la Grange-Batelière y contratase inmediatamente nuevo contingente de individuos dispuestos á todo. Que los llevaría en seguida á las dependencias de la academia de juegos, en donde deberían quedar á las órdenes del duque. Luego, retirándose Pietri, Regina y Gonzalvo continuaron hablando en voz baja... La continuación nos dirá la nueva canallada que había de salir de aquella

consulta. El caso es que, cuando la baronesita se levantó para salir, llenando el salón de embriagadores perfumes y haciendo crujir su falda, los dos cómplices parecían completamente de acuerdo.

— Sobre todo, recomendó el duque, posando los labios en su menuda mano, no olvide nada, Regina, y procure que nuestras gentes no vengan demasiado pronto á la feria.

— Quedará satisfecho, Gonzalvo : voy á trabajar por usted.

Dicho esto, la linda y viperina criatura despidióse de su educador y se encaminó á la calle de los Francs-Bourgeois, en donde sabía que la esperaban.

Los presentimientos del corazón son á veces factores de verdad. Si Constanza de Lespare no tenía intranquilidad respecto del conde, cuya visita recibía todos los días, como sabemos, no dejaba de estar inquieta acerca del modo de proceder de su hija, de la que no sabía nada en concreto. Por Simona y Méjico, y luego por la baronesa y Gherlor, había oído hablar de la señorita de Flamberge, la bella esgrimidora que trastornaba á toda la corte ; pero nadie pudo decirle si la que llevaba ese nombre, que debía ser nombre de guerra, tenía alguna semejanza con Enriqueta. Por esto le entusiasmó la idea de la baronesita, que propuso ir con varios amigos á visitar la parte industrial y comercial de la feria. Su reciente luto le prohibía aparecer en espectáculos ; pero los almacenes y tiendas no son lugares prohibidos á las viudas, y nadie se indigna de verlas en ellos.

El salón del hotel de Lespare contenía, pues, aquel día, mayor concurrencia de la que hacía tiempo veía. Además de la condesa, hallábanse allí los Gherlor, padre, madre é hija, el marquesito Julián de Brionne, que se había ofrecido á servir de pareja á Gisela, y el vizconde de Courten, que hablaba en un rincón con Pervencha, su hermanita.

Todos estaban preparados á salir, sólo esperaban á la baronesa Regina. Languidecía la conversación, pues se evitaba abordar los temas que pudiesen excitar los nervios de Constancia, y nadie había hablado aún ante ella del drama del « Campo Enlodado. » Acababan de arreglar los detalles de la salida. Cuando Simona acababa de anunciar á la baronesa, acercóse Constancia para acogerla con gran simpatía, y sólo entonces recordó Santiago de Courten que se había olvidado de poner á la madre de Enriqueta en guardia contra tan melosa persona. Ahora era ya algo tarde para hacerlo. La baronesa había cogido las manos de Constancia, dejándose conducir hacia el sofá, en que ambas se sentaron sin romper la presión de sus dedos.

— Querida condesa, preguntó de pronto Regina: ¿le han puesto al corriente del horrible drama de la última noche?

— No, contestó Constancia estremeciéndose de pies á cabeza y lanzando una mirada circular en forma de interrogación muda.

Pero bajando todos la vista, nadie quería responder.

— Pues bien, contestó la baronesita acercándose á

ella hasta el punto de que parecía querer besarla. Esté usted tranquila: Enriqueta está en París.

— ¿Quién se lo ha dicho?

— Primero, sus actos... Anoche ha matado magníficamente á cinco espadachines que le buscaban pendencia.

— ¡Ha matado... á cinco hombres!... exclamó Constancia, soltando las manos. ¿Enriqueta ha hecho eso?

— Dispéñeme, intervino Santiago de Courten; creo que la persona á quien se atribuye esa lucha homérica se llama la señorita de Flamberge.

La de Espineuil dejó ver un mohín y dijo, dirigiéndose á la condesa:

— ¡El nombre importa poco! Además, si he dicho que Enriqueta se me ha dado á conocer primero por sus actos, añado que lo ha hecho luego de viva voz, diciéndome que desea ver á usted esta tarde.

— Amigos míos, dijo la condesa levantándose: han oído ustedes... ¡Vámonos!.. Guíenos usted, Regina.

— ¡Un poco de paciencia, querida condesa! repuso Regina sin moverse. Esta tarde, á las cinco en punto, encontrará usted á Enriqueta que saldrá de su academia, para unirse á usted junto á la tribuna de los Eperonniers de Saint-Claude.

— ¡Qué cita tan rara! observó la marquesa Honarina. ¿Quién la impide venir aquí?

La señora de Espineuil contestó:

— No sé. Ella misma se lo dirá á su madre. Quizás tenga serios motivos para ello.

Hay que inclinarse ante la apariencia evidente de las cosas.

Sólo Santiago dudaba; le parecía anormal que su prometida hubiera podido confiarse á aquella muñeca que frecuentaba los dos campos enemigos, siendo igualmente acogida por los Güelfos que por los Gibelinos.

— ¡ Á las cinco ! ¿ Tendré paciencia para esperar ? Apenas es la una... Cuando ha entrado usted, estaba yo diciendo precisamente que tenía muchas ganas de ver llegar á amiga tan buena y sincera como es usted para mí.

— Por favor, dijo la de Espineuil tratando de sonreír, no me eche usted flores, que no las merezco. Mi naturaleza, algo fantástica, según dicen, me impulsa á servir á los que amo, y nada más.

Bajo esas palabras ambiguas se ocultaba la verdad exacta: la baronesa servía al á quien amaba.

— ¿ Entonces, esperará usted con nosotros hasta esa hora ? preguntó Constancia.

— ¡ No ! Una cabecita hueca como la mía no puede permanecer mucho tiempo en el mismo sitio, y le juro que hago falta en otra parte... Adiós, querida condesa, me voy ; pero estaré allí y la esperaré en la puerta.

Marchóse entre un *frufu* de seda perfumada, y recomendó una vez más :

— ¡ Pero no vaya antes de las cinco !

Y tan pronto como salió afuera, esta figurilla de blondos cabellos, graciosa, risueña y encantadora — mujer dije de aquel siglo galante, en que las mujeres

eran dignas por su belleza y encantos de ser guardadas en un estuche — cambió de actitud. Á su boca asomó una sonrisa de triunfo y mudó de semblante.

Cambiando de piel, la mujer se movía como una serpiente.

— Sí por cierto, murmuró, la condesa verá á su hija ; pero su reunión será la última apoteosis de los Lespare.

Y, flechando con ojeadas zalameras á los paseantes que miraban taconear sobre el piso sus zapatitos de hebilla, se fué á verse con Gonzalvo de Torino, para prevenirle que ya estaba hecha su comisión.

Después que ella salió, Santiago de Courten había pensado en comunicar á la condesa las sospechas que tenía acerca del doble papel que desempeñaba la baronesita ; pero, reflexionando que eso sería turbar la alegría de Constancia, y que, por otra parte, con la protección de Gherlor, de Brionne y de él no sucedería ningún percance desagradable á las nobles visitadoras de la feria, dejó para otra ocasión su confidencia.

Contrariamente á su costumbre, los dos viejos maestros no habían ido á la academia de la señorita de Flamberge, pues el marqués de Gherlor les había rogado que no se ausentaran y se pusieran á su disposición para acompañar á las señoras. Eso pareció contrariarles. Entonces se retiraron á su cuarto, y, después de un largo consejo celebrado entre ellos, Jarnac cogiéndose la cabeza con ambas manos, exclamó :

— ¡ Esto es grave, diablo ! ¡ No conozco el medio de servir á tres amos á la vez ni de estar en dos sitios al mismo tiempo !

— En efecto, mi noble amigo, opinó Chaminade, la idea de llevar á la señora condesa á la feria me parece por lo menos absurda; ¡pero no creo que podamos oponernos!

— ¡Ah! ¡no! ¿quién habla de eso? ¡Esas palabras huelgan!.. Busca un rodeo, ¡cuernos de chivo!.. ¡Si dijéramos todo al señor de Gherlor!

— No pienses en ello!.. La señorita nos lo ha prohibido terminantemente... y si el señor conde se oculta bajo la piel de cabra del buen hombre Lanlire, ¿nos corresponde á nosotros el desenmascararle?

— ¡Sí, es verdad!.. ¡todo el mundo no goza de su confianza como nosotros!.. Entonces...

— Entonces... yo no sé...

— ¡Ah! ese pícaro de Jerónimo, cómo decae! hizo constar el gascón. ¡Mira, una idea germina en mí... prevenirles!

— En cuanto á la señorita Flamberge, la cosa se puede hacer. ¡Se sabe donde descubrirla!

— Pero, ¿y el hombre del pájaro?

— En cuanto á ése, respondió el de Cevennes, moviendo negativamente la cabeza, encontrarle me parece menos fácil. Ignoramos en dónde vive y sus exhibiciones son intermitentes... ¡Sin contar con que necesitaríamos reconocerle además, pues nos ha demostrado más de una vez que sabía tal día no parecerse á lo que era la víspera!

De pronto Jarnac dió un salto hacia la puerta detrás de la que se acababa de oír un ruido imperceptible, la abrió y se apoderó al vuelo de la oreja de Méjico,

que fué sorprendido en flagrante delito de indiscreción.

— ¡Granuja! dijo entrando triunfante con su captura: ¿qué hacía ahí la oreja de este hidalgo?

— ¿No deberíamos suprimírsela?.. preguntó Chaminade.

— Mis buenos amos, exclamó el intendente, terrorizado: me hallaba ahí verdaderamente por casualidad, pero yo puedo servirles... Conozco muy bien la feria y á la señorita de Flamberge y al hombre del pájaro raro. Si me lo permiten, voy á partir para explorar y hacer su comisión.

— ¿Qué comisión? ¡voto á bríos!..

— La de prevenir á esas dos honorables personas de la próxima llegada de la señora condesa.

— ¿No has oído nada más?

— ¡Nada más! se lo juro.

— Guarda pues tu oreja aún, dijo Jarnac soltándole.

— ¡Y vete!.. ordenó Chaminade. Vuelve pronto á darnos cuenta del resultado.

Méjico se marchó para llenar su cometido. Si no tenía una inteligencia muy clara, no era sin embargo tonto más que cuando quería. Como además tenía la costumbre de escuchar detrás de las puertas, poseía en parte los hilos de la intriga y empezaba á ver bastante claro en este imbroglio. Llegado al recinto de la feria San Germán, se dirigió primeramente al sitio en donde estaba de ordinario el viejo y su águila. Aunque eran cerca de las tres, el buen hombre Lanlire no se hallaba allí. Entonces se fué á la academia

de la señorita de Flamberge, pero la cuestión del Campo Enlodado atraía tal influencia de caballeros y damas, que tuvo que alejarse sin poder penetrar en ella. Cerca de la barraca de juegos, notó la presencia de algunos gentileshombres de mala catadura, que parecían haberse emperifollado en casa de un prendero, y á los que el traje les sentaba muy mal.

— Esos son del partido enemigo, pensó.

Pero como la media para las tres daba en San Germán de los Prados, y que no tenía más que el tiempo justo para volver al hotel, pasó, casi corriendo, por delante de la tienda de los armeros y, en su prisa, no prestó ninguna atención en un viejo martillador, pequeño de cuerpo, que se ocupaba con destreza sin igual en preparar la hoja de una espada. Si hubiera tenido la suerte de notarlo, ciertamente se habría detenido, aun á riesgo de ser reñido, pues ese activo obrero se parecía, hasta el punto de equivocarse, al tío Lanlire.

Descontento de sí mismo, acusando á la casualidad de haberse puesto en contra de él, y desolado por no encontrar la caza que buscaba, el discípulo de los dos maestros de armas se volvió á la calle de Francs-Bourgeois con las orejas gachas. Como no pudo realizar su programa, estaba avergonzado por haber prometido demasiado. No traía de su excursión más que las noticias que en los alrededores de la barraca concedida á los italianos, había unas caras malvadas, que la señorita de Flamberge no pudo ser avisada, y que el buen hombre Lanlire no estaba en su puesto.

## IV

¡ FUEGO !... ¡ FUEGO !...

La señora de Espineuil no estaba de vuelta á la hora de la marcha; de derecho, la señora marquesa de Gherlor tomó la dirección de la salida. No queriendo de ninguna manera llamar la atención, sino al contrario deseando lo mejor posible ver el pequeño grupo pasar desapercibido entre la muchedumbre, decidió que se iría á pie á la feria de San Germán, pues el recorrido no era lo bastante largo para necesitar el empleo de la carroza.

El marqués dando el brazo á la condesa, el señor de Brionne teniendo bajo el suyo el de la marquesa, y Santiago de Courten cerrando la marcha con Gisela y Pervencha, salieron juntos del hotel de Lespare y empezaron á andar reunidos, como burgueses buenos y pacíficos que van á tomar el fresco antes de la cena. Examinándoles bien, se podía ver que esos tres grupos no tenían al parecer ninguna escolta, pero en realidad estaban sólidamente sostenidos por cuatro mocetones,